



JORNADA PRO ORANTIBUS

Vida consagrada contemplativa

19 de junio de 2011

Objetivos del Día “Pro Orantibus”

1. Oración a favor de los consagrados y consagradas en la vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.
2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo.
3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando en todo caso las debidas exigencias y las leyes de la clausura.





Presentación

Lectio divina: un camino de luz

Cada año celebramos en la Iglesia, en la solemnidad de la Santísima Trinidad, la Jornada Pro Orantibus, “por los que oran”, para dar gracias a Dios por el gran don de la Vida contemplativa y la presencia luminosa de los muchos monasterios que pueblan nuestra geografía. Los objetivos de la Jornada son fundamentalmente dos: agradecer y rezar.

Quienes han sido llamados a esta *vida escondida con Cristo en Dios* se entregan a la oración incesante, al trabajo y a la vida fraterna, en un ambiente de silencio y soledad habitado por la Palabra y visitado por el amor del Señor Resucitado (cf. Verbi Sponsa 3). «Los Institutos orientados completamente a la contemplación, formados por mujeres o por hombres, son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales... En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, el ejercicio del culto divino, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraterno orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del Pueblo de Dios» (Vita Consecrata 8).

Si toda vida consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida» (Verbum Domini 83) es en concreto la gran tradición monástica la que «ha tenido siempre como elemento constitutivo de su propia espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de la lectio divina» (Ib), imitando a la Madre de Dios, «que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. Lc 2, 19.51), así como a María de Betania que, a los pies del Señor, escuchaba su Palabra (cf. Lc 10, 38)» (Ib).

Cristo se autodefine a sí mismo en los Evangelios como el *Camino* que conduce al Padre (cf. Jn 14, 6) y la *Luz* verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo (cf. Jn 1, 9. 8, 12). Si Cristo es la Palabra de Dios hecha carne, y la Palabra es la *lámpara que alumbra nuestros pasos* (Salmo 119, 195), esa misma Palabra es





camino de luz que podemos recorrer por las páginas de la Biblia, conducidos por el Espíritu.

El Señor Jesús nos invita a buscarle en las Escrituras, pues ellas hablan de Él y en ellas encontramos la vida plena que todos deseamos y anhelamos (cf. Jn 5, 39). La *lectio divina* es búsqueda de Dios siguiendo el camino luminoso de su Palabra en los libros de la Sagrada Escritura. Buscar a Dios (*quaerere Deum*) ha sido desde siempre la tarea primordial de toda vida monástica, y esta ha encontrado en la *Lectio* –desde sus inicios– y encuentra en la actualidad un método sapiencial que enamora el corazón, ilumina la inteligencia y purifica el alma disponiéndola para el encuentro con el Esposo. La *Lectio* supone –en feliz expresión de san Ambrosio– volver a pasear con Dios por el paraíso de la bendición original, y su compañía amorosa recrea nuestra vocación, alimenta nuestra fe e ilumina nuestra existencia (cf. *Verbum Domini* 87).

Los consagrados contemplativos, por la familiaridad orante con la Sagrada Escritura, imitando a la Virgen María, logran hacer de la Palabra de Dios su propia casa, de la cual salen y entran con naturalidad (cf. *Verbum Domini* 28); esta ilumina la mente y moldea los corazones hasta llevarlos a comulgar con los sentimientos del Hijo.

Los contemplativos son convocados así a convertirse en exégesis viviente de la Palabra de Dios que leen, meditan, escrutan, rezan, celebran, cantan y contemplan a diario en la comunión de la Iglesia. Por la práctica de la *lectio divina* la Palabra obra en ellos esa conversión de la existencia que transforma la vida hasta hacerla parábola luminosa del corazón de Cristo.

Los contemplativos tienen la indispensable misión de irradiar en nuestra Iglesia la Belleza, la Verdad y la Bondad del Dios Trinitario que ama a todo hombre con misericordia infinita y que no quiere que ninguno se pierda. Ellos son *lámparas encendidas* que arden con el aceite del amor divino y brillan con la luz de la esperanza. Llamados a montar una guardia de oración sin tregua ni distracciones, perseveran vigilantes aguardando el retorno del Señor en medio de la noche de nuestro mundo. *Arraigados y edificados en Cristo* permanecen *firmes en la fe*, intercediendo por toda la humanidad. La Vida consagrada contemplativa es así prolongación de la plega-





ria de Jesús al Padre, llenando de auténtica filiación la orfandad de muchos corazones.

Y todo esto lo agradecemos y encomendamos a nuestro Dios en el domingo en el que celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. Ningún cristiano puede quedar hoy al margen de esta fiesta y de esta jornada de oración “por los que oran”. Llamados a ser Iglesia, la Santa Trinidad nos muestra el camino de nuestra genuina vocación cristiana y eclesial: ser una comunidad de amor que nace del Padre, es convocada por el Hijo y alentada y conducida por el Espíritu.

La Santísima Trinidad no es un misterio de especulación escolástica... La Santa Trinidad es la tierra prometida que anhela nuestro corazón, el hogar entrañable que todos buscamos, la única y añorada patria de la que un día salimos y a la que un día volveremos. Hechos a «imagen y semejanza del Creador» (Gn 1, 27), la Santa Trinidad es nuestro origen más original y nuestro destino más auténtico.

Nuestros hermanos contemplativos lo saben muy bien y lo viven así. Ciertamente que a ellos no los encontramos en los nuevos areópagos del mundo, ni podemos escuchar sus voces en los actuales atrios de los gentiles. Pero están. Su aparente ausencia es su verdadera presencia, porque la oración en lo oculto a la que se entregan día y noche es el alma de nuestro apostolado público y el corazón de toda obra evangelizadora. Ellos escuchan en el silencio la misma Palabra que otros anunciamos por los caminos, y lo que el Señor les dice al oído, nosotros lo gritamos por las azoteas (cf. Mt 10, 27). Ellos adoran a la Santa Trinidad en la soledad de un culto permanente hecho en *espíritu y verdad*... y nosotros confesamos a la misma Trinidad con nuestra entrega sin reservas en la caridad misionera del apostolado que se nos ha confiado según los diversos carismas. Unos y otros formamos un solo cuerpo en Cristo Jesús, Señor nuestro. ¡Somos Iglesia!, ese misterio de comunión que el Espíritu suscitó en la mañana de Pentecostés, y que a todos nos ha alcanzado.

Hoy la Iglesia entera es convocada a una profunda acción de gracias al Señor por la vocación monástica, al tiempo que se nos pide rezar por estos hermanos y hermanas que tanto rezan por nosotros. Y todos, también, somos invitados a ofrecer nuestra ayuda afectiva y efectiva para que tantos monasterios, que como preciosos oasis en-





contramos en el desierto de nuestro mundo, sean sostenidos y ayudados en una auténtica comunión de bienes, pues como miembros del único Cuerpo resucitado y glorioso de Nuestro Señor Jesucristo, nadie puede desentenderse de su hermano.

Que la Santísima Virgen María, primera consagrada al Padre, por el Hijo, en el Espíritu, mujer orante, maestra de contemplación y madre de los apóstoles, nos guíe y acompañe en este *camino de luz* al que la Iglesia nos convoca en esta hora de la Nueva Evangelización.

✠ **Mons. Vicente Jiménez Zamora**
Obispo de Santander
Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada



Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hoy celebramos en toda la Iglesia la solemnidad de la Santísima Trinidad, confesión de nuestro Credo y fundamento de toda vida cristiana. El misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo se nos ha revelado en su Palabra, *lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero*.

En este marco litúrgico, tenemos hoy un recuerdo particular por quienes en la Iglesia han sido llamados a la vida consagrada contemplativa. Los monjes, las monjas y la vida eremítica ofrecen a la comunidad cristiana y al mundo de hoy, tan necesitado de auténticos valores espirituales, un anuncio silencioso y elocuente del amor de Dios, testimonio humilde del misterio trinitario. El ritmo tantas veces acelerado de nuestra vida diaria reclama espacios y tiempos de calma y silencio, oración y contemplación. Los monasterios son estos lugares donde la Palabra del Señor acontece en la liturgia, el canto, el trabajo y la contemplación, y donde cada comunidad se entrega a la oración de intercesión por todos los hombres.

Preces

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

- Pidamos hoy especialmente por los hermanos y hermanas que han recibido en la Iglesia la vocación contemplativa, para que en su silencio y entrega escuchen y guarden la palabra de Dios a imitación de la Virgen María, madre de todos los creyentes. *Oremos*.

- Pidamos por los jóvenes, especialmente por todos aquellos que participarán en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en agosto en Madrid; para que el Señor les conceda, a imitación de los contemplativos, un verdadero encuentro con Jesucristo, y se dispongan a abrirle de par en par las puertas de sus corazones. *Oremos*.





- Por todos cuantos participamos en esta solemnidad dedicada a la Santísima Trinidad, para que seamos fieles adoradores de Dios en espíritu y en verdad. *Oremos.*

Monición de envío

En la comunión de la Iglesia hemos celebrado el Misterio de nuestra fe. Somos el Pueblo adquirido por Dios, llamado a salir de la tiniebla para entrar en su luz maravillosa. Unidos a tantos hermanos y hermanas que viven entregados a la oración en la vida contemplativa, damos gracias a Dios por el don de sus vocaciones, y avivamos en nosotros la fidelidad a nuestro bautismo.

Que la Virgen María, mujer de la Palabra, acompañe nuestro camino con la luz de la fe, el consuelo de la esperanza y la fortaleza del amor.



Lectio Divina

Cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca (Lc 6, 48)

Los discípulos de Emaús volvieron a Jerusalén y contaron lo que les ocurrió por el camino y en la cena con el peregrino desconocido. Al relatar los acontecimientos los revivieron y los hicieron conscientes, lo que algunos autores llaman la “resurrección de la memoria”. Este testimonio quiere ser un volver a Jerusalén y contar mi experiencia de la *lectio divina*, la oración monástica por excelencia.

La *lectio divina* es una lectura orante del texto sagrado. Consiste en dejarse abrir los ojos cada día para poder leer a Dios en la Escritura y descubrir su proyecto de vida para cada ser humano. Dios no abandona a su criatura en el sinsentido, en todas las situaciones humanas hay una presencia divina, pero necesitamos luz para ver este “estar de Dios” en nuestra historia. Uno de los cauces por donde nos es dada esta luz es la escucha y acogida de la Escritura Santa.

Esta acogida nos arraiga en Cristo, en su Palabra, nos hace firmes y seguros en la fe, y la confianza en el amor de Dios a cada uno personalmente nos hace hombres plenos. Por eso la praxis de la *lectio divina* podemos definirla con estas palabras de san Lucas: *Cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca* (Lc 6,48), algo que se realiza sobre la realidad existencial que tenemos y de la que tenemos que ser conscientes.

Vivimos en un mundo saturado de información e imágenes pero incapaz de reflexionar, de asimilar contenidos sólidamente y de escuchar el misterio del propio ser. Cada cual entreteje una vida sin raíz, inestable, marcada por la prisa, el bullicio y el activismo. Esta deshumanización se nos filtra por las rendijas y se nos olvida que hemos sido creados para la familiaridad con Dios, para ser *casa de Dios*.

Nos urge mirar cómo edifica cada uno. Es más, necesitamos aprender a construir según la forma de Dios. San Lucas nos marca con tres verbos el modo de edificar del discípulo, a saber: *Cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca* (Lc 6, 48). Profundizar en estas tres palabras y su contexto nos dará la clave de lectura para desentrañar esta forma de edificar según Dios.

Este verso pertenece al *Sermón de la llanura* (Lc 6, 12-49), a la llamada parábola de las dos casas. Con este sermón, Jesús, camino de Jerusalén, va instruyendo a sus discípulos. Y siguiendo la pedagogía





hebreá les enfrenta a una pregunta clave: *¿Por qué me llamáis “Señor, Señor” y no hacéis lo que digo?* (Lc 6, 46).

Así les enseña que en el discipulado lo prioritario es la escucha y acogida de su Palabra, después aparecerán las obras. Este primado de la Palabra y su escucha atraviesa toda la Escritura Santa, pero con luz propia brilla en el relato de las bodas de Caná, donde la madre de Jesús dice: *Lo que él os diga, hacedlo* (Jn 2, 5), según la estructura del texto original. Y es que “el hacer” del discípulo nace del corazón, no de las manos. Se trata de actuar según Dios (*poieo*), no de hacer muchas cosas. El corazón que acoge la palabra del Maestro realiza las obras de Dios.

Pero a la pregunta de Jesús los discípulos no contestaron nada. Entonces les dice una parábola en la que aparecen dos casas: una construida sobre roca, que resiste las adversidades de la crecida del río, y otra edificada sobre arena, que no resiste lo adverso. Con este símil Jesús traza los rasgos del discípulo sólidamente edificado, frente al discípulo cuyo seguimiento está construido sobre arena. El primero escucha al Maestro y actúa según Dios, el segundo escucha pero no sigue el obrar de Dios.

El que actuó según Dios y resistió la adversidad realizó los siguientes pasos: *cavó* (*skapto*), *ahondó* (*bathyno*) y *puso los cimientos* (*themelioo*) *sobre roca*. Cada uno de estos vocablos tiene su significado en la Escritura que enseña vemos.

a. Cavó (*skapto*)

En su sentido profundo este verbo hace referencia no tanto al esfuerzo humano como a la acción de Dios. Este cavar evoca los ecos del salmista que canta: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio, me abriste el oído* (Sal 40, 7). Literalmente el texto dice “me cavaste el oído”. Es Dios quien va formando el oído del discípulo horadándolo lentamente con su Palabra, hasta llegar al corazón y hacer de él un *edificio de Dios*.

El hombre endurece su oído cuando en su ajetreo se olvida de dónde recibe la Vida, se olvida de que ha sido modelado por unas manos y una boca que dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gn 1, 26).

Cavar es, pues, dar espacio a la Palabra del Creador, de la que procede el aliento de vida. Este es el verdadero trabajo del discípulo para



construir firmemente. Pero sin escucha silenciosa, sin entrar en la profundidad del silencio es imposible desplegar esta relación con Dios y su Palabra que dignifica y humaniza.

Entonces ¿cómo escuchar a Dios? Estoy convencida de que cada ser humano necesita empequeñecer para entrar en el sosiego interior y escuchar. Todo en la creación, incluso una piedra, escribe Basilio el Grande, lleva la marca de la Palabra de Dios, así como las más diminutas criaturas. Pero el hombre ha renegado de su propia naturaleza, de esta marca de la Palabra, y queriendo ser grande ha dejado de escuchar a su Creador. Anda distraído y disperso en mil quehaceres que no son obra de Dios. La *lectio divina* es un acercarse a la Palabra y escuchar atentamente, es cavar y dejarse horadar el oído por Dios.

b. Ahondó (bathyno)

El segundo verbo es único en el tercer Evangelio y significa *dar profundidad*. En el Nuevo Testamento “profundidad” (báthos) hace referencia al ser de Dios y a la inescrutabilidad de los caminos y juicios de Dios para el entendimiento humano, en contraposición a todo lo que está a la vista. El apóstol Pablo para expresar esta profundidad de Dios dirá: *¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!* (Rm 11, 33).

Por tanto, el *ahondar* del discipulado es la búsqueda del discernimiento, escrutar los caminos y juicios de Dios sobre la realidad para descubrir en ella el plan de Dios. Si *cavar* es dar apertura a la Palabra y escuchar con el corazón, *ahondar* es dar profundidad a una relación estable con Dios a través de los acontecimientos como historia y diseño de Dios.

c. Poner los cimientos sobre roca (themelioo).

Por último, el tercer rasgo del verdadero discípulo es: *poner los cimientos sobre roca*, que en el lenguaje bíblico es cimentar la vida sobre Dios y su poder salvador. Israel entrañablemente llamó a Dios “roca mía” (Sal 18, 3) no solo por la solidez, el poder y la fidelidad de Dios, sino porque de la roca brotó el agua que calmó la sed del pueblo en el desierto, porque en las hendiduras de la roca encontraba refugio y salvación frente a sus enemigos, y porque de la miel y el aceite que brotaban de las rocas el pueblo se alimentaba (Cf. Dt 32, 13; Sal 81, 17).





En su sentido último, *poner los cimientos sobre roca* es reconocer existencialmente que todo nace de Dios, que todo es don del Creador, es renunciar al engaño de la prepotencia, al afán de dominio y de querer hacernos a nosotros mismos; es renunciar a mirarnos en las obras de nuestras manos tan separadas del corazón, y maravillarnos de la obra de Dios en nosotros, que se realiza desde el corazón silenciosamente; es no movernos a ras de tierra, sobre arena, quedándonos en las preocupaciones y trivialidades diarias, sino *cavar y ahondar* en la vida y hacer de nuestra vida un movimiento hacia Dios. El que construyó sobre arena no cavó ni ahondó, por eso no cimentó sobre roca. Esto es lo que le separó del verdadero seguimiento de Jesús, de cimentar sobre roca.

Asimismo, Dios, la roca de Israel, se reveló en la plenitud de los tiempos en Cristo Jesús. En Él se cumple lo que el salmista anunciaba: *La piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la piedra angular* (Sal 118, 22). Por tanto, Él es la roca sobre la que edificar nuestra vida y arraigar nuestro seguimiento, porque Cristo es la plenitud del hombre, no hay otro camino que nos conduzca a una vida plena. El Evangelio de san Lucas nos abre los ojos para hacernos ver que el fondo de lo que existe es una realidad al amparo del Padre, y por ello construir sobre roca es construir al amparo de Dios y su Palabra.

Si avanzamos en este itinerario bíblico vemos que el contexto inmediato nos muestra un paralelismo que ilumina nuestra parábola de las dos casas. Junto a la imagen de la casa aparece relacionada la imagen del árbol. El ser humano es puesto en paralelo al árbol, y así como *cada árbol se conoce por el fruto* (Lc 6, 44), del mismo modo *de lo que rebosa el corazón habla la boca* (Lc 6, 45). Si en el corazón del discípulo, desde donde se construye el seguimiento, hay bondad, en su boca hay bendición. Si en el corazón hay maldad, de su boca brota el fruto de la maledicencia. Edificar sobre la maledicencia es construir sobre arena, es ser ciego a la propia viga e intentar quitar la mota del ojo ajeno; es vivir en la hipocresía.

Por tanto, dejémonos interpelar por la Palabra, hagamos espacio al Verbo, cada cual mire cómo edifica, y construyamos firmemente nuestro seguimiento sobre la roca que es Cristo y su amor hasta el extremo, arraigados en Él, no sea que en vano nos cansemos al construir.

Pilar Avellaneda Ruiz, CCSB





Reflexión

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 32).

Sus corazones estaban sumidos en el caos y confusión tras los acontecimientos de la pasión y muerte del Maestro. Habían confiado en el Nazareno y habían esperado que él fuera el liberador de Israel... Pero toda su esperanza parecía haberse esfumado tras la ejecución del Galileo, y ellos, “incrédulos y tardos de corazón”, no lograban comprender las profecías santas que hablaban del necesario padecimiento del Siervo. Menos todavía podían vislumbrar salvación alguna en una cruz romana... Vencidos por la tristeza, la amargura les embargaba.

Hacían un extraño camino; regresaban a la tierra de la que un día salieron precisamente para seguir al Señor. Entonces lo dejaron todo con presteza y alegría... Ahora, en cambio, la mismísima noche se había cernido sobre ellos. Discutían sin sacar nada en claro. De pronto, y sin esperarlo, un caminante se emparejó con ellos. *Sus ojos no podían reconocerle* –asegura el evangelista–, pues la oscuridad del corazón había cegado sus miradas. Una pregunta sobre el tema de conversación que llevaban por el camino posibilitó que aquel enigmático acompañante iniciara la explicación de las Escrituras Santas. *Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.*

Según le oían hablar, una luz comenzó a brillar en sus corazones. Primero una chispa, después una pequeña llama, más tarde un fuego... al final una hoguera. La Palabra de Dios les había dado alcance y se abría paso en sus mentes como la lámpara de sus pasos y la luz del sendero incierto. Fueron pasando de la tristeza a la alegría, del abatimiento a la esperanza, de la frialdad a la calidez de una agradable compañía... de la indiferencia al amor. Y el amor les condujo a la fe. *¡Quédate con nosotros!*, suplicaron.

Sentados a la mesa lo reconocieron *al partir el pan...* ¡Era Él! Y lo habían descubierto en el pan de la Palabra y en el pan de la Eucaristía. Volvieron a toda prisa a Jerusalén, para comunicar a los suyos que el Maestro estaba vivo y que había resucitado. Que el





testimonio de las mujeres era cierto. La muerte había sido vencida para siempre. La luz brilló en la oscuridad.

En el camino de “los discípulos de Emaús” podemos ver la imagen de nuestro camino espiritual como seguidores del Señor Jesús: camino hecho de Palabra, iluminación desde las Escrituras y reconocimiento de una presencia que cura, recrea, transforma y salva en la Eucaristía (cf. Lc 24, 13-35).

El pasaje lucano puede servirnos muy bien para comprender por qué la *lectio divina* es en verdad *un camino de luz*. Jesús hizo una auténtica *lectio* con aquellos hombres que caminaban en la oscuridad de sus vacilaciones y en la noche de sus dudas. Es la misma Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras la que ilumina los acontecimientos más oscuros de la existencia, y hace que emerja la verdad profunda que estos encierran.

La *lectio divina* es ese camino de luz que hacemos con Jesús guiados por su Palabra. Podemos recordar y comentar brevemente los pasos de la misma según la *Scala claustralium* de Guigo II, el cartujano (cf. *Verbum Domini* 86- 87).

Un primer paso es la preparación (*statio*). La Palabra es esperada; invoco al Espíritu Santo. Cultivo la disposición interior; dispongo el cuerpo y el espíritu. Preparo un lugar. Reservo un tiempo. Guardo silencio. Cojo con amor el Libro de las Escrituras. Me descalzo de todo prejuicio porque *el terreno al que me acerco es sagrado* y voy a contemplar, como Moisés ante la zarza ardiente, el fuego de Dios, que arde en su Palabra sin consumirse (cf. Ex 3, 1-6).

En un segundo momento me entrego a una lectura reposada (*lectio*), sin prisas. Se trata de captar el significado literal del texto bíblico –lo que objetivamente dice– y vislumbrar ya su sentido espiritual. La *lectura* no implica la exégesis; es entrar en contacto directo con la página, pero no desde una mirada superficial sino *inteligente*, desde la *analogía de la fe* y en la comunión de toda la revelación. Dios nos habla en las Escrituras (cf. VD 87).

El tercer paso es la meditación (*meditatio*). Reclama atención y reflexión. *Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento* –dice santa Teresa de Jesús–. Las palabras leídas en el peldaño anterior pasan ahora por el entendimiento intelectual para guardarlas en el corazón creyente iluminadas por el Espíritu. Nuestra





mente y nuestro corazón se abren así para comprender esas palabras como lo que son: Palabra de Dios para nuestro hoy. La Palabra fija su morada en nosotros y nos introduce en el misterio de Cristo. La Virgen María es el icono perfecto y pleno de la *meditación de la Palabra*: “Guardaba todas estas palabras meditándolas en su corazón” (Lc 2, 51), donde realizaba un *trabajo* paciente: confrontar palabras y acontecimientos con la Palabra (cf. VD 27-28. 87).

Llega un cuarto momento, la oración (*oratio*). Es *tratar de amistad con quien bien sabemos que nos ama* –nos dice la santa de Ávila–. Es la respuesta al Señor que nos ha hablado primero. Dios me ha hablado y ahora yo le respondo. Desahogo ante Él mi angustia, derramo ante Él mi súplica, le agradezco, le pido, le ruego, le bendigo... Si la Palabra ha iluminado mi pecado, le pido perdón. Si me ha hecho ver los vacíos de luz y de amor que hay en mí, inicio la súplica, el ruego, la petición. Si me confirma en la bondad y en el bien, le alabo y exulto en su honor (cf. VD 24. 87).

El quinto paso-peldaño es la cumbre: contemplación (*contemplatio*). Estamos en lo más alto de la experiencia orante. Nuestra atención y nuestra mirada pasa de la Palabra hablada, leída, escuchada y orada a Aquel de quien procede. Ante el mismo Dios que nos ha hablado caemos de rodillas para adorar... estamos rendidos a sus pies. Ya no leo la Palabra de Jesús sino que contemplo a Jesús-Palabra (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 2715). Tocamos el misterio de Dios. Me gozo en Él. Todo es gracia. Aleluya.

Un sexto momento es para el discernimiento (*discretio*). Una tarea que hemos ido buscando desde el principio y que se nos ha ido regalando desde los comienzos de la Lectio. La Palabra no está encadenada ni es letra muerta (cf. 2 Tim 2, 9). Y nos hemos encontrado con ella. Es “viva y eficaz, cual espada de doble filo que entra hasta las junturas del ser y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón” (Hb 4, 12). Ella pone al descubierto la verdad. Me lleva siempre a elegir. Me ofrece dos caminos, y me invita a escoger en libertad hacer lo que el Señor me dice (cf. Dt 30, 15ss / Mt 7, 13-14). El discernimiento es tarea ineludible para que la Palabra dé su mejor fruto en nosotros (cf. VD 27-28).

El séptimo paso tiene mucho que ver con la comunidad: compartir (*collatio*). A la hora de discernir respondiendo a la Palabra no estoy





solo. Puedo y debo compartir con mis hermanos en la fe esa misma Palabra recibida, orada, contemplada y discernida. El Señor Jesús nos asegura que *donde hay dos o más reunidos en su nombre, allí está Él, en medio* (cf. Mt 18, 20). Si Cristo está presente entre mis hermanos reunidos en Su Nombre, ellos corroboran o corrigen mi discernimiento, me iluminan, me alientan, me confirman. Qué bien nos los dice san Gregorio Magno: “Sé realmente que a menudo muchas de las cosas de la Escritura que yo solo no lograba comprender las he comprendido cuando me he encontrado en medio de mis hermanos... Considero como un regalo todo lo que un hermano puede sentir o comprender mejor que yo... y está en la potestad de la verdad el que ella se manifieste por medio de mí a otros o que por medio de otros llegue a mí... unas veces toca a uno, para que escuche con provecho lo que ha hecho resonar por medio de otro; y otras veces toca a otro que haga oír con claridad lo que otros tienen que escuchar.”

Queda el último paso, sin el cual el camino recorrido puede frustrarse. Es la respuesta (*actio*); el paso a la vida cotidiana. Desde lo alto de la montaña donde hemos contemplado se nos envía al valle de la vida, a la plaza del pueblo, al hospital, al trabajo diario, a la escuela, a los quehaceres del hogar, a la oficina, a la catequesis con los niños en la parroquia, a los servicios en Comunidad, al taller, al trabajo en la huerta o en el claustro. La contemplación se verifica en la acción, en la misión, en el servicio.

En la medida que la Palabra –leída, meditada, orada, contemplada, discernida y compartida– se encarna en la vida diaria, se autentifica la *lectio divina* realizada. No es cristiana la *oración* que se queda sin llevar a la práctica la Palabra de Dios en la vida concreta (cf. St 1, 22 / Mt 7, 24 / Lc 6, 49).

Un camino de luz es el que recorren a diario nuestros hermanos contemplativos en el silencio sonoro de sus claustros y monasterios. Pasos y peldaños. Camino y escala. *Lectio divina* y divina lectura que levanta el alma, recrea la vida y enamora el corazón.

Un camino desde el *Emaús* de nuestras dudas hasta la *Jerusalén* de nuestras certezas es el que también nosotros somos invitados a recorrer por el contacto asiduo y familiar con la Sagrada Escritura, especialmente en la Liturgia y en cada Eucaristía (cf. VD 86).

Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada





Referencias en *Verbum Domini*

“Por lo que se refiere a la vida consagrada, el Sínodo ha recordado ante todo que «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida». En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte «en “exégesis” viva de la Palabra de Dios». El Espíritu Santo, en virtud del cual se ha escrito la Biblia, es el mismo que «ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla», dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica.

Quisiera recordar que la gran tradición monástica ha tenido siempre como elemento constitutivo de su propia espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de la lectio divina. También hoy, las formas antiguas y nuevas de especial consagración están llamadas a ser verdaderas escuelas de vida espiritual, en las que se leen las Escrituras según el Espíritu Santo en la Iglesia, de manera que todo el Pueblo de Dios pueda beneficiarse. El Sínodo, por tanto, recomienda que nunca falte en las comunidades de vida consagrada una formación sólida para la lectura creyente de la Biblia.

Deseo hacerme eco una vez más de la gratitud y el interés que el Sínodo ha manifestado por las formas de vida contemplativa, que por su carisma específico dedican mucho tiempo de la jornada a imitar a la Madre de Dios, que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. Lc 2,19.51), así como a María de Betania que, a los pies del Señor, escuchaba su palabra (cf. Lc 10,38). Pienso particularmente en las monjas y los monjes de clausura, que con su separación del mundo se encuentran más íntimamente unidos a Cristo, corazón del mundo. La Iglesia tiene necesidad más que nunca del testimonio de quien se compromete a «no anteponer nada al amor de Cristo». El mundo de hoy está con frecuencia demasiado preocupado por las actividades exteriores, en las que corre el riesgo de perderse. Los contemplativos y las contemplativas, con su vida de oración, escucha y meditación de la Palabra de Dios, nos recuerdan que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (cf.





Mt 4,4). Por tanto, todos los fieles han de tener muy presente que una forma de vida como esta «indica al mundo de hoy lo más importante, más aún, en definitiva, lo único decisivo: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su amor inescrutable».”

(*Verbum Domini*, 83)

“El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la lectio divina. En efecto, la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana. Con ello, los Padres sinodales han seguido la línea de lo que afirma la Constitución dogmática *Dei Verbum*: «Todos los fieles... acudan de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones u otros medios, que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración». La reflexión conciliar pretendía retomar la gran tradición patrística, que ha recomendado siempre acercarse a la Escritura en el diálogo con Dios. Como dice san Agustín: «Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios». Orígenes, uno de los maestros en este modo de leer la Biblia, sostiene que entender las Escrituras requiere, más incluso que el estudio, la intimidad con Cristo y la oración. En efecto, está convencido de que la vía privilegiada para conocer a Dios es el amor, y que no se da una auténtica *scientia Christi* sin enamorarse de Él. En la Carta a Gregorio, el gran teólogo alejandrino recomienda: «Dedícate a la lectio de las divinas Escrituras; aplícate a esto con perseverancia. Esfuérzate en la lectio con la intención de creer y de agradar a Dios. Si durante la lectio te encuentras ante una puerta cerrada, llama y te abrirá el guardián, del que Jesús ha dicho: “El guardián se la abrirá”. Aplicándote así a la lectio divina, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el sentido de las divinas Escrituras, que se encierra en ellas con abundancia. Pero no has de contentarte con llamar y buscar. Para comprender las cosas de Dios te es absolutamente necesaria la oratio.





Precisamente para exhortarnos a ella, el Salvador no solamente nos ha dicho: “Buscad y hallaréis”, “llamad y se os abrirá”, sino que ha añadido: “Pedid y recibiréis”».

A este propósito, no obstante, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, hemos de acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial. En efecto, «es muy importante la lectura comunitaria, porque el sujeto vivo de la Sagrada Escritura es el Pueblo de Dios, es la Iglesia... La Escritura no pertenece al pasado, dado que su sujeto, el Pueblo de Dios inspirado por Dios mismo, es siempre el mismo. Así pues, se trata siempre de una Palabra viva en el sujeto vivo. Por eso, es importante leer la Sagrada Escritura y escuchar la Sagrada Escritura en la comunión de la Iglesia, es decir, con todos los grandes testigos de esta Palabra, desde los primeros Padres hasta los santos de hoy, hasta el Magisterio de hoy».

Por eso, en la lectura orante de la Sagrada Escritura, el lugar privilegiado es la Liturgia, especialmente la Eucaristía, en la cual, celebrando el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Sacramento, se actualiza en nosotros la Palabra misma. En cierto sentido, la lectura orante, personal y comunitaria, se ha de vivir siempre en relación a la celebración eucarística. Así como la adoración eucarística prepara, acompaña y prolonga la liturgia eucarística, así también la lectura orante personal y comunitaria prepara, acompaña y profundiza lo que la Iglesia celebra con la proclamación de la Palabra en el ámbito litúrgico. Al poner tan estrechamente en relación lectio y liturgia, se pueden entender mejor los criterios que han de orientar esta lectura en el contexto de la pastoral y la vida espiritual del Pueblo de Dios.”

(Verbum Domini, 86)

“En los documentos que han preparado y acompañado el Sínodo se ha hablado de muchos métodos para acercarse a las Sagradas Escrituras con fruto y en la fe. Sin embargo, se ha prestado una mayor





atención a la lectio divina, que es verdaderamente «capaz de abrir al fiel no solo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente». Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales: se comienza con la lectura (lectio) del texto, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿qué dice el texto bíblico en sí mismo? Sin este momento se corre el riesgo de que el texto se convierta solo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos. Sigue después la meditación (meditatio) en la que la cuestión es: ¿qué nos dice el texto bíblico a nosotros? Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente. Se llega sucesivamente al momento de la oración (oratio), que supone la pregunta: ¿qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra? La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia. Por último, la lectio divina concluye con la contemplación (contemplatio), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: ¿qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor? San Pablo, en la Carta a los Romanos, dice: «No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (12,2). En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros «la mente de Cristo» (1 Co 2,16). La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento, «es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12). Conviene recordar, además, que la lectio divina no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (actio), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad.

Encontramos sintetizadas y resumidas estas fases de manera sublime en la figura de la Madre de Dios. Modelo para todos los fieles de acogida dócil de la divina Palabra, Ella «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19; cf. 2,51). Sabía encontrar el lazo profundo que une en el gran designio de Dios acontecimientos, acciones y detalles aparentemente desunidos.





Quisiera mencionar también lo recomendado durante el Sínodo sobre la importancia de la lectura personal de la Escritura como práctica que contempla la posibilidad, según las disposiciones habituales de la Iglesia, de obtener indulgencias, tanto para sí como para los difuntos. La práctica de la indulgencia implica la doctrina de los méritos infinitos de Cristo, que la Iglesia como ministra de la redención dispensa y aplica, pero implica también la doctrina de la comunión de los santos, y nos dice «lo íntimamente unidos que estamos en Cristo unos con otros y lo mucho que la vida sobrenatural de uno puede ayudar a los demás». En esta perspectiva, la lectura de la Palabra de Dios nos ayuda en el camino de penitencia y conversión, nos permite profundizar en el sentido de la pertenencia eclesial y nos sustenta en una familiaridad más grande con Dios. Como dice san Ambrosio, cuando tomamos con fe las Sagradas Escrituras en nuestras manos, y las leemos con la Iglesia, el hombre vuelve a pasear con Dios en el paraíso.

(Verbum Domini, 87)

